



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1180

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
no.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 11 DE SEPTIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorete rue Cassartre
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CARTA ABIERTA

Para el señor Alcalde

Ante todo cumplimos gustosos el deber de dar á usted las gracias por haber atendido nuestras quejas respecto á la limpieza de este barrio, tan abandonado por todos y por haber hecho que se prolongue una chimenea de un horno, que venía molestando con sus humos lo que no es decible, sin que nadie atendiera nuestras quejas.

Suponemos que adivina usted que se trata del barrio de Peral, de este barrio que han dado en llamar aristocrático los aficionados á hacer chistes. Como no lo digan porque aquí las casas revisten cierta apariencia que no tienen en los otros barrios, no sabemos que haya aquí nada que abone aquella frase, de pésimo gusto.

Este es un barrio que se ha ido formando con la población que le sobraba á Cartagena. Pudiera decirse que es una prolongación de la misma, porque de todo tiene menos de rural.

Hay aquí gaditanos de la misma Cádiz; sevillanos de la propia Sevilla; gallegos que vieron la luz en la Coruña; catalanes acostumbrados á pasear por la Rambla de la ciudad condal; valencianos que hablan de su hermosa Alameda; cubanos que se acuerdan de la plaza del Vapor de la Habana; madrileños que sienten la nostalgia del terruño y muchos más, nacionales y extranjeros, todos hijos de poblaciones importantes, en las que se ha llegado al refinamiento en los servicios públicos.

Y si viera usted qué vergüenza nos dá cuando se ocupan de los de este barrio...

Bien quisiéramos probarles que nuestra Cartagena no va en zaga á ninguna de las mencionadas poblaciones; pero cómo intentarlo si

por doquier salta á la vista la desidia, la incuria, el abandono y la carencia, en fin, de todo lo que distingue á las poblaciones urbanizadas!

Aquí se paga derecho de matadero sin que al consumidor le sea la garantía de que es sana la carne que ingiere en el estómago; se contribuye á los gastos de enseñanza pública y solo se disfruta de unas cuantas escuelas de las llamadas peseteras; se paga una cantidad respetable para servicios de policía y... más vale callar, señor Alcalde. Individuo hay que solo la utiliza para que lo llame temprano el sereno y no lo llama.

Se contribuye á los crecidos gastos del alumbrado público, y no se ha visto alumbrado mas irracional que el que aquí se disfruta.

De higiene no digamos: la anula la cria del cerdo que se verifica en varias partes; las cañerías que llevan á la vía pública las aguas de fregar y otras peor olientes; la falta de limpieza en las calles y otras muchas causas que son más para vistas que para relatadas.

¿Y la seguridad individual? Ninguna, señor Alcalde. Para estar completamente en peligro de todo, hasta disfrutamos de un estable del cual salen y entran diariamente veinte ó veinticuatro respetables tores, que pasean por la carretera sus peligrosos cuernos, espantando á las mujeres, los chiquillos y á veces á los hombres.

Ese es el barrio aristocrático de que muchos hablan; un barrio que no tiene las calles rotuladas ni casas con números ni limpieza ni nada.

Las calles ya no parecen barrancos como antes. Los vecinos han aprovechado el cascateo de unas obras que se están realizando y han cubierto los baches. Y va á dar gusto la que se armará de fango cuando llueva.

Barrio aristocrático! Como no lo digan por unos tam-

balillos que hay en la calle principal.

En clase de fealdad es lo más f. o que han presenciado los nacidos.

Si usted los viera mandaba quitarlos.

Y si quisiera usted darse un paseo por este barrio de su jurisdicción, estamos seguros de que desaparecería en breve la mitad de lo mucho malo que se encuentra aquí.

X

TIJERETAZOS

Pregunta el «Diario de la Marina»: «¿Y los cautivos? Continúan en su cautiverio. Lo que hay que preguntar ahora es esto otro:

¿Cuántos miles de duros nos debe ya el sultán en concepto de indemnización?

Porque recordará el «Diario» que se fijó un plazo para la libertad de los cautivos, pasado el cual le exigirían mil duros por cada día que pasara.

Y efectivamente, no sabemos de los cautivos españoles ni del dinero de la indemnización.

Era de esperar.

Según parece, se está llevando á cabo una concentración política de ancha base. Como ancha lo es, no hay que dudarle. Figúrense nuestros lectores que entran en un salón que quiere que entren, que es lo mismo: los señores siguientes, con todas sus mesnadas.

Romero Robledo, que es monárquico visto por un lado y republicano visto por el otro.

López Domínguez, que es demócrata á machamartillo.

Gamazo, que es más liberal que conservador.

El duque de Tetuán, que es más conservador que liberal.

Y Pidal, que sigue siendo tradicionalista.

Lo que me intriga es el apelativo que adoptará el pisto.

Como no se llame republicano—demócrata—liberal—conservador—tradicionalista, va á haber respaldamientos.

Y si se llama así, también. Cualquiera gobierna con esa mescolanza de opiniones.

En la oposición rabiarían de verse juntos.

En el poder saltarían á farolazos.

Y en ambas situaciones probarían esos elementos que se ha perdido el sentido común.

Nuestro colega el «Heraldo de La Unión», que ha venido haciendo una campaña tenacísima para que la «Escuela de Capataces de Minas» de esta ciudad sea trasladada á aquella población, ha comprendido al fin la sinrazón con que pedía el traslado y dice en su número de anteayer lo siguiente, con el título *No debe permitirse*:

«Nuestro estimado colega El Eco, publica anoche un suelto en extremo interesante, del cual transcribimos las siguientes líneas:

«Parece que entre los alumnos de la Escuela de Capataces de Minas de esta ciudad, existe gran alarma con motivo de las pretensiones, con gran empeño sostenidas por importantes personalidades de La Unión, de que sea trasladado á dicho punto el nombrado centro de enseñanza.

Hemos oído que se proyecta una reunión de alumnos de la Escuela, interesados en que no se verifique el traslado, para ir en pacífica y ordenada manifestación á exponer al Alcalde los grandes perjuicios que se les originaría de realizarse las pretensiones de la ciudad vecina, y á la vez para rogarle que proponga al Excelentísimo Ayuntamiento tenga á bien practicar las gestiones convenientes para conseguir los fundados y justos deseos de los manifestantes.

Tenemos la seguridad de que nuestro Alcalde ha de aceptar con la más honrosa misión de levantar su voz y de la digna Corporación que preside, para impedir la realización de proyectos en alto grado perjudiciales á las numerosas familias que tienen sus hijos dedicados á seguir la carrera de capataces de minas, é igualmente creemos que los alumnos de la Escuela, al defender con justicia sus legítimos intereses, guardarán la corrección debida, para no parecerse en lo más mínimo á aquellos que pretenden arrebatarles la Escuela, ejerciendo presiones tan forzadas que parecen llegar hasta el punto de la violencia».

Hace bien el decano de la prensa local en suponer que el Sr. Alcalde aceptará gustoso la misión de alzar su voz en contra de aquellas pretensiones.

El Sr. Bruna, y con él todos los cartageneros de valor trabajarán para que tal traslado no se verifique.

De no hacerlo así sería igual á atentar

contra los intereses de la ciudad en que han nacido.

Nosotros, que no somos hijos ingratos, estamos desde este momento á la disposición de quien nos solicite, para luchar en contra de tales pretensiones, lesivas para Cartagena».

Gracias colega. Ya incomodaremos.

La travesía del Mediterráneo EN GLOBO

La «Gaceta» publica, entre los avisos de Marina á los navegantes, el de que el conde de La Vaux trata de intentar en fecha próxima la travesía del Mediterráneo, de N. á S. en globo el cual será escoltado, mientras dure aquella, por un crucero francés de gran marcha.

Se avisa á los navegantes de que el globo se mantendrá, en general á una altura de 15 m. sobre el nivel del mar. Está previsto de aparatos de estabilidad y desviación que se echarán al agua, estando unidos al globo por medio de fuertes cables.

El aparato de estabilidad estará casi en la vertical del globo, el de desviación á barlovento del globo, á distancia que podrá llegar á 200 metros.

Se recomienda á todo buque que corte la derrota del globo lo haga á distancia suficiente para no chocar con estos aparatos tan pesados, y evitar así las averías que pudiesen resultar, tanto para el globo como para el buque.

El aparato se deslizará en la dirección del viento, é igualmente se recomienda que formará con la de aquel un ángulo de sesenta grados como máximo; su velocidad será siempre menor que la del viento.

Los buques que vayan á cortar la derrota del globo por sotavento, tendrán que maniobrar teniendo en cuenta la nota anterior.

Los aeronautas pueden encontrarse en la necesidad de comunicar «á la voz» con los buques á la vista ó pedirles socorro: en ese caso se suplica á los capitanes de los buques que al maniobrar para aproximarse al globo tomen todas las precauciones necesarias para evitar choques con los aparatos de estabilidad y desviación, y para evitar que el globo pueda incendiarse con las partículas de carbón en ignición.

Todo buque que avistase al globo flotando en el agua deshinchado y aplastado y

Una persona de mucho ingenio dijo: «Cuánto me agradan ciertas poesías! Se puede decir de ellas lo que de Roma; ó todo ó nada; ó se vive con ellas ó no se las comprende.» «Corina» no es más que una variedad de este «culto romano», de esta manera de sentir que tiene épocas distintas en el modo de comprender la vida eterna.

Una paria seductora de «Corina», tanto más agradable cuanto es menos conocida y manoseada, es la ingeniosa conversación colocada en boca del conde de Erfault acerca de la sociedad francesa. Mad. de Stael crítica donosamente á aquella sociedad ligera y superficial, pero en esto está Mad. de Stael más caracterizada que nunca; desdeña aquello que pudiera expresar mejor.

Como en «Delfina» hay retratos: Mad. de Arbrigny, aquella francesa que todo lo calcula y lo arregla todo, está admirablemente pintada. Lo mismo que Mad. Verdon. Se la citaba en el secreto de la intimidad (Mad. de Flahaut), lo mismo que si suplía qué clase de elementos diversos componían la noble figura de Owarid, como si se creyera en la verdad fiel de la escena de despedida, y en los apasionados y hasta desgarradores recuerdos de «Corina» durante la separación.

Sea de ello lo que quiera, á pesar de que hay en «Corina» conversaciones y pinturas del mundo, no se

de las ruinas eternas, se asocian á la historia y forman parte viviente de su inmortalidad. La pasión divina de un ser que no se puede crear imaginario, introduce en el recinto de los círculos antiguos una víctima más que no se olvidará nunca; el genio que arranca esa pasión de su seno, es un vencedor, cuyo nombre debe figurar al lado de todos los demás vencedores.

Paseándose Bernadino de Saint-Pierre con Rousseau, le preguntaba un día si Saint-Preux era él mismo: «No tal—le respondió Juan Jacobo;—Saint-Preux no es lo que yo he sido, sino lo que yo hubiera querido ser.» Todos los novelistas poetas pudieran decir lo mismo. «Corina» es, para Mad. de Stael, lo que ella hubiera querido ser. De «Corina» solamente ha tenido el Capitotio y el triunfo, y tal vez la muerte por el sufrimiento.

Aquella Roma, aquel Nápoles que Mad. de Stael expresa á su manera en la novela-poema de «Corina», M. de Chateaubriand los pintó casi al mismo tiempo en la epopeya de «Los Mártires». Para la comparación de todos estos modos diversos de sentir y de pintar á Roma, no se encuentra nada tan completo como un docto é ingenioso trabajo de M. Ampere.

¡Roma, Roma! ¡Los mármoles, los horizontes, los cuadros más grandes para prestar apoyo á los pensamientos menos efímeros!

Stael con cariñosa admiración, á pesar de que se observan algunas ligerezas. Conviene, como los demás, en que la ilustre desterrada supo hacer de Coppet el sitio más agradable de la tierra. Por su parte, Mad. de Stael le tenía por el «hombre más encantador de Inglaterra».

Lo que no se puede pintar ó describir al hacer la historia de Coppet son los separamientos del día, los largos paseos por los bosques cubiertos de verdura, cierta vida íntima, en cuyo secreto, desearíamos penetrar, sin duda, vosotros, señores adolescentes que sentís la rebelión contra los tiempos iguales y os apasionáis por los recuerdos del pasado! Un huésped habitual de Coppet, interrogado por mí me decía: «Salí una mañana del castillo, para respirar el aire fresco; me tendí sobre la hierba cerca de un arroyo y dejé vagar la imaginación con los ojos fijos en el cielo. De pronto escuché dos voces que se acercaban; la conversación era animadísima. Quise hacer ruido para advertir mi presencia, pero era ya tarde. Había oído quejas, explicaciones, promesas... Fui muy afortunado (dijole yo). ¿Y quiénes eran los que hablaban?—Come por su delicada elegancia, mi interlocutor evadió la respuesta; no quiso insistir. Dejémos á la generación futura la explicación del misterio; nosotros estamos muy cerca de ellos todavía. Dejémos pasar el tiempo; dejémos que murmure confusa-